

Capítulo XI

“DIVIDIDOS SEREMOS ESCLAVOS;

UNIDOS VENCEREMOS”

Entretanto, ¿qué podía esperar de todo esto el Libertador don José de San Martín? Antes de los últimos sucesos de Santa Fe, había él pasado a Chile, desde Mendoza, y allí pudo comprobar que si el director Pueyrredón le había facilitado fondos para su campaña libertadora, el gobierno de Chile se lo retraía y las parcialidades políticas de la república hermana trababan manifiestamente su acción. El gobierno de Chile se había hecho de una pequeña escuadra con que defendía sus costas y daba buenos golpes a los navíos españoles. Y tan orgulloso estaba de ella O`Higgins que, al mirarla un día desde un cerro del puerto de Valparaíso, dijo así: “Tres barquichuelos dieron a los reyes de España la posesión del nuevo mundo; estos cuatro van a quitársela”. A fines de 1818, llegó a Chile el lord Cochrane, marino inglés de fama mundial, y por momentos quedó algo olvidado el ejército de los Andes. O`Higgins andaba a mal traer con los políticos. Había el partido “carrerino”, formado después de Rancagua, que lo mortificaba de continuo y él respondía con tales actos de fuerza que no todos merecen aprobación. Juan José y Luis Carrera, que habían salido de Buenos Aires disfrazados para pasar a Chile y organizar una revuelta, fueron fusilados en Mendoza, por los días de Maipú, después de un proceso que no brilló por la regularidad de sus procedimientos ni por la justicia de su fallo. Nada tuvo que hacer en ello San Martín. José Miguel Carrera, el hermano sobreviviente, clamaba desde entonces en Montevideo contra Pueyrredón y O`Higgins y no perdía ocasión de vilipendiarlos. Con ellos a San Martín.

Todos estos sucesos de Chile y el propósito de obligar a O`Higgins a ocuparse de la expedición al Perú hicieron que el general argentino llevara parte de su ejército a Mendoza en marzo de 1819. Como estaba bien enterado de los sucesos de Santa Fe, había pedido al gobierno de Chile que interpusiera su influencia ante Artigas para obtener la cesación de la guerra del litoral. Este paso causó profundo desagrado en Pueyrredón. “Jamás creería –escribió el 11 de marzo de 1819– que la misión de Chile había sido oficiosa de parte de aquel gobierno y sí que Artigas la había solicitado por debilidad y temor de su situación. Resultaría de aquí un nuevo engreimiento para él y un mayor aliento a sus bandidos a quienes tendría esa ocasión más de alucinar. Por otra parte, cuán humillante es para nosotros que la embajada se dirija a Artigas para pedirle la paz y no a este gobierno.” Engañado Pueyrredón sobre la situación verdadera de la guerra de Santa Fe, escribía también: “Ya ha debido usted ver a esta fecha que nuestra situación es muy distinta de la que se creyó y que lejos de necesitar padrinos, estamos en el caso de imponer la ley a la anarquía”. Muy lejos de la realidad estaba el director... En esos días había sido derrotada la vanguardia de Viamonte en Santa Fe, y San Martín se había dirigido también a López y a Artigas para invitarlos a un avenimiento.

A López le decía: “Unámonos, paisano mío, para batir a los maturrangos que nos amenazan: divididos seremos esclavos; unidos, estoy seguro que los batiremos; hagamos un esfuerzo de patriotismo, depongamos resentimientos particulares y concluyamos nuestra obra con honor. Mi sable no saldrá jamás de la vaina por opiniones políticas; usted es un patriota y yo espero que hará en beneficio de nuestra independencia todo género de sacrificios”... en el mes de abril, soldados del ejército de Santa Fe, que ya dominaba el camino al interior, tomaron unos despachos de San Martín para Pueyrredón, relativos al ejército de los Andes. Conocidas por López, éste los remitió inmediatamente a Viamonte con este oficio que no conoció el general Mitre y que desvirtúa versiones corrientes sobre el episodio: “En un expreso tomado en esta fecha por una partida de mi ejército, he encontrado las comunicaciones que adjunto. Su contexto es dirigido en solicitud de adelantar la causa general de la América por la que tengo el más vivo interés. Las diferencias que existen entre nosotros nunca podrán determinarme a interrumpir el giro de los papeles de esta clase. Cumplo gustoso con los deberes de un hijo de la Patria; con cuyo objeto tengo la satisfacción de presentar a V.S. mis sentimientos como el garante de mis compañeros de armas e hijos de la provincia que tengo el honor de mandar. *Estanislao López*”. Esta acción de López dio motivo para un armisticio que el mismo López propuso, y tan mala era ya la situación militar de Pueyrredón que Belgrano le escribió: “El armisticio no ha podido ser más a tiempo ni en circunstancias más apuradas”, y Viamonte: “Yo no he hecho sino conceder lo que absolutamente podía negar, por la falta total de movilidad en que me hallo”.

Pueyrredón aprovechó el armisticio, firmado el 12 de abril, para dar cima al proyecto de constitución unitaria “ni monárquica ni republicana”, como dice Mitre, que fue sancionada en el mes de mayo y jurada en todo el país, menos como era natural en la Banda Oriental (ocupada por el extranjero), Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe. Y firmada la constitución, y creyendo el director que todo quedaba en muy buen camino, abandonó el mando muy confiado en la misión Gómez, cuyas noticias todos esperaban. Rondeau fue elegido en su lugar por el congreso. Precisamente, en ese mes, el ministro francés de negocios extranjeros, Dessolle, que había desechado la candidatura del duque de Orleans, propuesta para el trono del Plata por Valentín Gómez en nombre de Pueyrredón, sugirió al mismo Gómez la del príncipe de Luca, personaje de menor cuantía, aunque Borbón y, por añadidura, sobrino de Fernando VII. El encargado de conducir los pliegos de Gómez fue Gutiérrez Moreno. Llegados a Buenos Aires, el nuevo director y el congreso encontraron de perlas la solución y dieron todo por arreglado. A tal punto, que en octubre de 1819 el congreso sancionó en sesión secreta la aceptación formal de la candidatura del príncipe de Luca y dispusieron, con todos los pormenores, con quién habría de casarse, qué auxilios debía traer, todo con mucho misterio “para evitar interpretaciones malignas”, según reza el acta de la sesión. Ese mismo mes se rompió el armisticio con Santa Fe, o mejor dicho, lo rompió el gobernador López, no por el negocio del príncipe de Luca sino porque tuvo la evidencia de que el director Rondeau pedía que el general Lecor, gobernador portugués de la plaza argentina de Montevideo, pasara con sus fuerzas hasta el occidente del Paraná y acabara con los rebeldes argentinos. El oficio fue hasta hace poco argüido de apócrifo, pero anda ya una copia facsimilar y no queda duda sobre su autenticidad.

Roto el armisticio, natural era que avanzaran sobre Buenos Aires las fuerzas revolucionarias. Y ya no fueron solamente las de Santa Fe sino las de Entre Ríos, mientras que Artigas quedaba a punto de sucumbir en la Banda Oriental, luchando a brazo partido con los portugueses.

San Martín había pasado en Mendoza casi todo el año 19. Hubo momentos en que el gobierno pretendió mandarlo a Tucumán para reemplazar a Belgrano con sus fuerzas de Mendoza cuando aquél fue obligado a mezclarse en la guerra civil. San Martín eludió, como pudo, tal compromiso. A Mendoza llegábanle noticias de Chile, algunas muy halagüeñas para su viejo plan de campaña. En América se daban sucesos de importancia para la causa de la libertad, como el paso de los Andes venezolanos por Bolívar (julio de 1819) y el glorioso triunfo de Boyacá. Y él, el vencedor de Maipú, retardado en Mendoza, espectador de tristes sucesos en los que pretendían comprometerlo...

Por momentos caía en la cama y pasaba días enfermo y amargado por los disgustos. Así lo encontró su amigo, el inglés Samuel Haigh, que había presenciado, muy próximo a él, la batalla de Maipú: “Al cuarto día de mi partida de Chile –dice Haigh– llegué a Mendoza. Había numerosas intrigas políticas por aquel tiempo, tanto en Chile como en Buenos Aires, y San Martín se disgustó tanto con la falta de cooperación que renunció a todo mando y se había presentado en Mendoza vestido de paisano. A la sazón –junio de 1819– estaba postrado gravemente enfermo en aquella ciudad. Antes de salir de Santiago, yo había recibido dos cartas de altos funcionarios militares y civiles, amigos de San Martín, con la prevención de entregarlas en manos propias o, en caso que hubiese muerto, destruirlas. En llegando a Mendoza fui a su casa y al informar de mi asunto al general Quintana, me hizo entrar en el dormitorio del general. Encontré al héroe de Maipú en su lecho de enfermo y con aspecto tan pálido y enflaquecido que, a no ser por el brillo de sus ojos, difícilmente lo habría reconocido; me recibió con una sonrisa lánguida y extendió la mano para darme la bienvenida. Al entregarle las cartas se sentó en la cama para leerlas; pareció que el contenido dábale gran placer y se las pasó a Quintana, quien, después de leerlas, movió la cabeza en señal de aprobación; y me pidieron que volviera antes de abandonar a Mendoza”. En otros días hallábasele –con todo– animado y vivaz, como lo encontró el inglés John Miers cuando pasó por Mendoza de paso a Santiago de Chile desde Buenos Aires. “Fui a visitar al general San Martín –dice Miers– y a entregarle cartas que traía para él. Mientras esperaba, entré en conversación con dos de sus edecanes, por quienes supe la noticia del ataque de lord Cochrane al Callao. El general me recibió muy cortésmente. Era un hombre alto y bien proporcionado, enhiesto y de anchas espaldas, de piel cetrina y mirada viva y penetrante, cabellos muy negros y anchas patillas. Hablaba en forma rápida y vivaz. Me ofreció toda la ayuda que pudiera serme necesaria y me prometió darme una carta para O`Higgins, el supremo director de Chile, y me invitó a pasar por su casa esa noche... Fui recibido con mucha amabilidad. La conversación recayó sobre granadas y otros proyectiles, a cuyo respecto me hizo muchas preguntas mostrándose muy interesado. (Miers era ingeniero). Después de estar con él cosa de una hora, me pidió que lo viera en la mañana siguiente.” Cuando tuvo San Martín conocimiento de que había sido roto el armisticio de abril, dio nuevos pasos en busca de la deseada concordia, pero todo fue inútil. Para el mes de octubre, y en unión de los cabildos de Cuyo, anunció al gobierno central que había enviado una diputación a los jefes revolucionarios, pero la situación era irremediable, y él, además, era un jefe militar al servicio

de aquel gobierno. Por eso, Rondeau, al conocer la situación crítica del ejército del norte y sabiendo que los sublevados llevarían una ofensiva sobre Buenos Aires, recurrió a San Martín para defenderse. En aquellos momentos, un clamoreo de protesta general se difundía por todo el país contra el congreso y el director. Y Rondeau apremiaba para que el general de los Andes acudiera en su auxilio. “Tengo la orden –escribió San Martín a O’Higgins– de marchar a la capital con toda la caballería e infantería que pueda montar; pero me parece imposible poderlo realizar, tanto por la flacura de los animales como por la falta de numerario.” Y después: “*Reservado para usted solo.* No pierda tiempo un solo momento en avisarme el resultado de Cochrane, para sin perder un solo momento marchar con toda la división a ésa, excepto un escuadrón de granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la provincia. Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible; pero si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el Diablo. Dígame cómo está de artillería de Batalla y Montaña para la expedición, pues si falta, podemos llevar la que tenemos en ésta. Los montoneros se reunían el 14 en Rosario, y su plan era invadir la campaña de Buenos Aires. Tengo reunidos dos mil caballos sobresalientes, los que marcharán a ésa con la División. Si vienen noticias favorables de la escuadra, haga estar prontas todas las Mulas de Silla y Carga del Valle (de Aconcagua) para que transporten los Cuerpos del Pie de la Cordillera a esa Capital.”

A los pocos días tuvo noticias de que la revolución había estallado en Tucumán, que el gobernador se hallaba preso y también lo estaba el general Belgrano. El general Cruz, jefe del Ejército del Norte, escribíale: “Córdoba se halla en su mayor parte dispuesta a romper los débiles lazos que la unen al gobierno supremo: sus habitantes proclaman con desvergüenza la federación, y como son los más audaces y muy poco contrarrestados, logran extender más y más su opinión. Si esta provincia se mantiene en una aparente dependencia, es por temor del ejército que mando; pero tengo por evidente que poniéndome a una distancia en que no corran riesgo, harán un movimiento estrepitoso. La revolución sucedida en Tucumán ha puesto a los perturbadores en la mayor animosidad; ya cuentan con este apoyo más, y sería en vano alejar algunos de sus principales corifeos, porque la enfermedad es general y cada día se extiende el contagio. Veo una conspiración de todas las provincias contra el Gobierno. Agotado el remedio de la prudencia, juzgo que no hay bastante fuerza contra tanto conspirador, y aun cuando la hubiese, todo es arruinar estos desgraciados territorios. Ellos proclaman una federación que no entienden y que confunden con la anarquía”.

Con estas novedades, el general tomó su decisión: abandonar aquel campo de desorden y volver a Chile con su ejército. Por lo demás –aunque siempre se ha puesto en duda esta circunstancia–, su salud estaba como nunca destruida. El 22 de diciembre escribió a don Manuel Antonio Castro, gobernador de Córdoba: “Antes de ayer regresé del campo algo más convaleciente de un ataque furioso de reumatismo, que me cargó al pecho y me tuvo en bastante riesgo; si mi mejoría continúa, pienso pasar en toda la semana entrante a tomar los baños de Cauquenes, única esperanza que –según los facultativos opinan– me queda de poder recuperar mi salud. Tenemos noticias favorables del Perú. Bolívar se ha apoderado de la capital de Nueva Granada. ¡Cuándo querrá la suerte que cesen estas desavenencias y tengamos juicio! Crea usted que esto me incomoda más que todos mis padecimientos”.

Y el 26 mandó su renuncia al director: “En vano han sido mis continuas reclamaciones a V.E. por espacio de tres años para que me concediese la separación del mando del ejército con el objeto de recuperar mi salud. Ya no es necesaria nueva reclamación, pues mi postración absoluta me hace separarme de este encargo. Si V.E. no nombra otro general, el ejército está expuesto a su disolución. Pasado mañana marchó para los baños de Cauquenes y aunque con ellos experimente alguna mejoría en mis dolores reumáticos, mi enfermedad al pecho no me permitirá por mucho tiempo dedicarme a trabajo alguno”.

Tan grande era el respeto que inspiraba el Libertador de Chile, tan arraigada la convicción de que le estaba reservada una misión superior a la de cualquiera de sus compatriotas, que el director Rondeau (lo mismo que hubieran hecho Posadas y Álvarez Thomas y Pueyrredón) contestó así: “Si el gobierno supremo de estas provincias no accedió a las continuas reclamaciones que V.E. indica en nota del 26 de diciembre último, dejó siempre a su arbitrio la elección del temperamento, tiempo y medios que estimase oportunos al restablecimiento de su salud, sin hacer lugar a la división del mando del ejército de los Andes, cuya organización y triunfos son debidos a su celo, actividad, opinión y conocimientos militares. Estas mismas razones influyen hoy en la resolución de conceder a S.E. su paso a los baños de Cauquenes y cuidar exclusivamente de su convalecencia y entera reposición bajo aquella calidad y con la investidura de capitán general y en jefe del citado ejército ya reunido o seccionado, en cuyo concepto deberá proveer lo conveniente en orden a su fomento, disciplina y demás desde el punto donde se hallare, pues así lo exige el buen servicio del Estado en cuyo obsequio ha prestado conjuntamente tan relevantes servicios”.

Y en los primeros días de enero se internó en la cordillera “siguiendo el destino que lo llamaba”: veamos cómo se hizo esa travesía que ha sido narrada por uno de sus oficiales, Rudecindo Alvarado: “Encontré en Mendoza al general San Martín, tan agravado de sus dolencias que desesperé de su conservación y juzgué necesaria su inmediata traslación a Chile. Llamé al sargento mayor de artillería y comandante del parque para encargarle la construcción de una camilla tan cómoda como fuera posible, previniéndole el secreto, que él sin duda adivinó por la prontitud con que ejecutó mi encargo. Preparado todo, incluso sesenta hombres que debían cargar en sus hombros la camilla, invité al coronel Necochea a que me acompañara para persuadir al general, que se hallaba en San Vicente –una legua distante de Mendoza–, a aceptar el obsequio que le llevaba para salvar su interesante vida y los respetos que le eran debidos próximamente amenazados por una revolución general en la República. Bastante sorprendido el general con nuestras observaciones, dijo que él no veía ese peligro que le anunciábamos, y esforzando nuevas razones, conseguimos al fin aceptara su marcha, no sin expresarnos que cedía a la persuasión de sus amigos y no a sus convicciones. La marcha a Chile se hizo inmediatamente del modo preparado. Veinte días no habían transcurrido desde la marcha del general San Martín cuando el 10 de enero (1820) se sublevó en San Juan el batallón de Cazadores, habiéndolo hecho el ejército del general Belgrano en Arequito, unos días antes”.

Ya en Chile, conoció el general la sublevación del Ejército del Norte en la posta de Arequito el 7 de enero de 1820, y la derrota de Rondeau en Cepeda el 1º de febrero de ese mismo año, sucesos capitales con que se cerraba la primera década de la revolución argentina. No faltaron

murmuraciones y acusaciones contra el general de los Andes. Pero, ¿acaso el gobierno caído se había opuesto a la actitud asumida por el héroe de América? Y el partido triunfante, que a pesar de sus expresiones anárquicas echó las bases de una democracia nueva, ¿no había dicho por uno de sus caudillos con referencia a los despachos del general San Martín: “Su contexto es dirigido en solicitud de adelantar la causa general de la América y las diferencias que existen entre nosotros nunca podrán determinarme a interrumpir el giro de los papeles de esta clase...?”

Bien podía el Libertador de Chile retirarse tranquilo de su patria porque el pueblo argentino comprendió bien su actitud en 1820, como la comprendió y aplaudió la posteridad.

AGENDA DE LECTURAS

Las comunicaciones de San Martín con Pueyrredón a principios de 1819 están todas en el *Archivo de San Martín*. Lo mismo las gestiones de San Martín ante Artigas y Estanislao López. El oficio de López a Viamonte, del 5 de abril de 1819, ha sido publicado en facsímil por el autor de este libro en el tomo IX de la *Historia de la Nación Argentina*, editada por la Academia de la Historia. Sobre la constitución de 1819 (mayo) y la actitud de Belgrano en los meses precedentes, véase Mitre, *Historia de Belgrano e Historia de San Martín*. El oficio de Rondeau a García en que dice: “He propuesto de palabra por medio del coronel Pinto al barón de la Laguna que acometa con sus fuerzas y persiga al enemigo común hasta el Entre Ríos y Paraná, obrando en combinación con nosotros”, ha sido publicado en facsímil en el libro *¡Viva Ramírez!* De Diego Luis Molinari. Antes había sido publicado por Adolfo Saldías. Sobre la revolución de Tucumán a fines de 1819 hay documentos importantes en el *Archivo de San Martín*. Sobre la sublevación de Arequito, pueden verse las *Memorias del general Paz*. Como fuente “realista” puede verse para este y varios otros capítulos: Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana*.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. XI. pp. 123-132. 2ª ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.